

JORGE

Lolita Bosch

Jorge Verástegui es una buena persona, me consta. Y espera del mundo lo mejor. Y esto que podría parecer una afirmación sin importancia, en su caso es fundamental tenerlo siempre presente. Busca a su hermano Antonio y a su sobrino Antonio de Jesús, desaparecidos en Coahuila en 2009. Y como reacción, me dijo hace tiempo, “nos hemos aventado al vacío, pero la recompensa más grande que podemos tener es la satisfacción de que nuestras acciones ayudaron a alguien”. Ser una buena persona en un contexto así no es solo una frase para comenzar este texto, ni toda la admiración que le profeso, sino una lección constante para quienes, como él, trabajan de manera infatigable por la paz de México. Aunque él, lamentablemente, se vio orillado a comenzar siendo muy joven. Cuando el 24 de enero de 2009 su hermano Antonio Verástegui González desapareció con su hijo Antonio de Jesús Verástegui Escobedo. Regresaban del rezo de un rosario en un rancho de Parras de la Fuente, Coahuila, cuando los detuvieron unas personas que vestían chalecos de la Agencia Federal de Investigación. Antonio tenía entonces 50 años; su hijo, 18. La policía les dijo a sus familiares que probablemente se trataba de una confusión y que pronto regresarían, pero desde entonces la familia de Jorge no ha sabido nada más de ellos.

Jorge le prometió a su mamá, la señora Guadalupe González Escobar, que se abocaría a la búsqueda que ella no podía hacer por cuestiones de salud. Con esa promesa asumió la responsabilidad ante su familia. Pero

se comprometió por segunda vez cuando comenzó a reunirse con otros familiares de personas desaparecidas y conformaron el grupo Fuerzas Unidas por Nuestros Desaparecidos en Coahuila (FUUNDEC) para exigir la inmediata búsqueda de los desaparecidos. “Ese momento”, me dijo Jorge, “puedo decir que fue crucial porque asumí la apuesta por una búsqueda colectiva”. Y eso lo cambió todo. Los familiares de los desaparecidos no solo siguieron con sus búsquedas personales, sino que denunciaron, una y otra vez, que las autoridades no estaban haciendo nada. Jorge estaba por cumplir 19 años y ya había entendido que todos tenían que hablar por todos, decir que no eran dos personas las que estaban desaparecidas de su grupo, sino muchas más. Y en enero de 2010 se puso por primera vez enfrente de todos los medios de comunicación del estado para denunciar. No tuvo tiempo de tener miedo, me ha contado varias veces. La necesidad era más fuerte y había llegado el momento de actuar.

Jorge no tuvo tiempo de tener miedo. La necesidad era más fuerte y había llegado el momento de actuar.

Desde entonces su vida cambió por completo. Pasó de atender durante todo un año su caso y establecer líneas de investigación muy claras a una apuesta mucho mayor: la denuncia de una problemática generalizada. Y así, casi sin darse cuenta, fue cómo se convirtió en defensor de derechos humanos. Apenas habla de la desaparición de sus familiares, le cuesta que la vida privada de su familia deba convertirse una y otra vez en un asunto público. Pero los lleva cargando, y carga también tanto, tanto amor, una honestidad tan contagiosa, una sensibilidad tan expuesta que a Jorge es inevitable quererlo. Su dignidad, su perseverancia y su empatía son uno de esos pequeños oasis que parece que se mantienen a salvo en medio de la tragedia. Aunque esa extraña tranquilidad que desprende es una manera de hacerse cargo del dolor —constante—, de la pérdida. No deja de preguntarse por qué el gobierno los ha dejado tan solos, y encuentra respuestas que luego deshace para cuestionarse de nuevo. “México —me dice— históricamente es un país que procura impunidad. Tenemos una sociedad que lamentablemente siempre justifica la violencia, que cree

que lo que le ocurre a una víctima, de entrada, es culpa de la víctima porque estaba en el lugar equivocado o porque a la mejor andaba en algo". Un lugar equivocado, como si eso fuera posible. O previsible... Cuando sale de México insiste en que la imagen que se tiene en el exterior no existe. "México siente mucho dolor y tiene mucha sed de justicia", insiste una y otra vez. Aunque puntualiza, con una sabiduría vieja que yo creo que le es propia, "y hasta eso entrecomillado, porque yo no conozco un caso de desapariciones donde puedas decir 'aquí se hizo justicia'". Tiene razón. A los familiares de los desaparecidos nunca se les va a hacer justicia. Nada alcanza. Pero la fuerza de Jorge, y la de tantas personas que trabajan como él o con él, está en su tenacidad, en el amor con el que buscan y en el modo como levantan la voz. "Para saber lo que ocurre hay que escuchar a las víctimas directamente, sin intermediarios, porque las víctimas son la voz de la realidad. Porque nadie puede comprender este dolor sin haberlo vivido". Y con todo, no trata de equilibrar dolores, no juzga. Sino que nos pide que escuchemos a los familiares de los desaparecidos y las desaparecidas uno a uno. Y cuenta, con una precisión que ha ido incorporando con el tiempo, cuáles son los vínculos entre el gobierno y los grupos organizados en Coahuila, pero también en otros lugares del norte como Tamaulipas o Nuevo León. Jorge ha aprendido. En estos años ha aprendido mucho. Y ahora escucharlo es hacer un recorrido crítico y minucioso de lo que está ocurriendo en México. Jorge sabe bien de lo que habla y es una buena persona. Dos hechos extraordinarios que debemos preservar como una humanidad sagrada.





Foto Diego Berruecos

< Jorge Verástegui